

descubierto la insulina, aquél le gritó riendo: «¡Hay que quitar el páncreas a todos los canallas para que se vuelvan dulces en su comportamiento!»

Pasó el tiempo y otro sábado, éste por las navidades del año treinta y cuatro. Ramón se acordó de la charla frustrada y me habló de la necesidad en que se encontraba de no demorarla, pues tenía que escribir para la *Revista de Occidente* un artículo prometido a Ortega sobre la polivalencia del corazón y le urgía documentarse algo. Acepté encantado su propuesta y nuevamente nos citamos en el mismo parque, porque mi casa quedaba algo distante; en la puerta del parque que queda frente a la calle de Lagasca. En la plazoleta que rodeaba al quiosco de la música habría no más de cuatro o cinco personas y algunos niños correteando. Nos sentamos en dos sillas metálicas y en el acto empezó a preguntarme y yo a contestarle. Como si fuera una máquina hizo los más extraños e inesperados comentarios a mis respuestas; soltaba risotadas o simulaba entristecerse románticamente mirando con forzada cursilería al cielo, todo ello entre exclamaciones y gritos que movían hacia nosotros las miradas de la gente próxima. Tres o cuatro veces nos levantamos para pasear un poco y, en seguida, nos volvíamos a sentar en sillas o bancos.

De la simple palabra taquicardia sacó inverosímiles deducciones y para que la contraposición léxica fuera fonéticamente más afín, se empeñó en que al vocablo bradicardia había que llamarlo braquicardia. Al decirle yo el significado de los prefijos *braqui* y *braquios*, se descolgó diciendo que él lo escribiría a su modo porque era más eufónico, porque rimaba mejor con el término opuesto y, además, porque le daba la gana.

Le interesó mucho lo del *primum movens* y *ultimum moriens*, latinajos de los que dijo le sonaban a *Te Deum* y a Miércoles de Ceniza. Le entusiasmó la palabra fibrilación; y casi le sobrecogió el concepto que le expuse del automatismo cardial, afirmando que con arreglo a eso habría que admitir las órdenes de Dios. Eso de que hubiera un puntito que se estimulaba a sí mismo para que todo el corazón latiera le parecía asunto de cuento de hadas o de taumaturgia teológica.

Tomaba sus apuntes en cuartillas brillantes amarillas, con tinta roja en la estilográfica y en letras grandísimas; ocho o diez palabras llenaban una cuartilla. Cada vez que tenía que anotar algo sacaba del bolsillo de la chaqueta un paquete de hojas y en cuanto llenaba la primera la trasladaba al final, en tanto que hacía comentarios verbales. Sus preguntas eran tan extrañas como divertidas. Una frase que no olvidé y que publicó en su artículo fue la de que el corazón se bañaba en su propia piscina de sangre, donde la aorta y la pulmonar braceaban; y otra, que la función del corazón estaba muy por encima de la del pensamiento y que quien tuviera un corazón sano y rítmico nunca podría pensar mal.

Ramón tenía un pánico monstruoso a morirse del corazón, ignoro por qué razones o antecedentes vivenciales (¿muerte de algún familiar?). Pero ese temor le asaltaba con frecuencia; yo he sospechado que pudiera haber padecido de extrasístoles, pues aquel día y en otras ocasiones le oí hablar de palpitaciones o sobresaltos, pero rehuía toda posible charla sobre sí mismo. Creo saber que Ortega le tomaba a broma cuando Ramón ingería unas gotas de Coramina al menor atisbo de que el corazón le fuese a fallar; siempre llevaba consigo el frasco del medicamento. No sé si será verdad, pero alguien de la tertulia de la *Revista de Occidente* me dijo que Ortega tenía ordenado

pusieran delante de Ramón medio vasito de agua para que pudiera cumplir su autoindicación terapéutica.

Unos meses más tarde de esa estancia en el Retiro, Ramón, aun sabiendo que yo estaba suscrito desde su aparición a la revista citada, me envió el número en que venía su trabajo (marzo de 1935). Traía una dedicatoria muy simpática que no puedo recordar, porque cometí la insensatez de encuadernar el tomo XLVII de la revista utilizando el de mi suscripción y no el ejemplar por Ramón dedicado, con el objeto de conservar éste aparte por considerarlo más valioso, y lo he perdido o ignoro dónde pueda estar. El artículo se titulaba «La acinesia y el corazón» y es una maravilla ramoniana. No pueden decirse cosas más descabelladas, ni más graciosas, ni más inconexas, por lo que resulta un precioso ejemplo de su estilo literario, que tanto interesaba a Ortega.

Siempre que Ramón salía de viaje escribía tarjetas a los asiduos de Pombo, anunciando la fecha de su regreso y contando algo de lo que le sucedía. Sólo excepcionalmente dirigía la correspondencia a las señas de algunos de los destinatarios (Ortega, Vela, Solana, Bartolozzi, Pérez Ferrero, Borrás, etcétera), pero la mayoría de las veces las enviaba al mismo Pombo, donde las entregaban a los que allí cenaran los sábados. Reproduzco una que conservo, escrita con su habitual tinta y consignada a los «Caballeros de la tertulia pombiana de los sábados. Café Pombo, Carretas, 4». En ella, previa una pequeña tachadura dice: «Estaré en la tertulia el sábado 29. Abrazos del camarada Ramón Gómez de la Serna». Tiene matasellos de 24 de noviembre de 1935 (figura 1). En otra, casi igual y de la misma fecha, que debió conservar algún amigo, señalaba con una flechita roja un negro punto minúsculo que se veía al final de la calle Rívoli y escribía debajo: «Ese podría ser vuestro Ramón». Doy también a la publicidad una carta íntima que me envió como pésame recién fallecida mi madre (figura 2); fue seguida de una visita a mi casa, acompañado por Miguel Pérez Ferrero y por el entonces jefe de camareros de Pombo.

La cena de los sábados, como es sabido, era ya un rito, en la misma proporción en que Ramón era, al decir de Ortega, un mito: el máximo caballero de la cripta pombiana. Además, de cuanto en sentido laudatorio se ha escrito de Ramón, éste era la personificación de la bondad y de la sinceridad vehemente y sin dobleces. Esa bondad (bien entrevista por Umbral, aunque desgraciadamente éste no le haya conocido), que a otros no se les ve en la cara, aunque la puedan llevar por dentro. Actuaba en la vida espontáneamente y todo cuanto decía correspondía a sus sentimientos; desde las palabras que dirigía a los animales hasta aquellas con las que, a solas, piropeaba a su muñeca de cera. De ahí que inspirase a la gente tanta cariñosa simpatía como admiración.

Cuando alguien le dijo una noche con su miajita de mala intención que a Marañón no le gustaba su estilo literario, echóse a reír campanudamente, diciendo con toda honestidad que el fiel de la balanza se inclinaba a su lado, porque a él, contrariamente, le placía el castellano sencillo y puro del doctor. «¡Pesa más, pesa más, decía, mi opinión sobre Marañón que la suya sobre mí, porque siempre pesa más el elogio que la crítica!» Y a diario daba ejemplos de que el corazón, como él escribiera, pesaba en su vida tanto o más que su pensamiento. Lo demostraba en las disculpas con que

acogía riendo todas las acciones humanas; *ridera in eterno*, como el famoso personaje de Petrarca.

Después de la guerra civil regresó a España, creo que traído por Pedro Rocamora, para sólo permanecer aquí poco tiempo. Le encontré una noche en el piso bajo del restaurante Botín donde le invitaban amigos antiguos o circunstanciales. Me acerqué a abrazarle y separándose un poco del grupo me dijo, en respuesta a una intencionada pregunta que le hice: «Yo le digo Vega, lo que Ortega en cierta memorable ocasión: no es esto..., no es esto». No volví a verle más; en un viaje mío a Buenos Aires con motivo de un congreso médico no dispuse de tiempo para saludarle. Después de muerto Ramón, hubiera querido revivirle en ese «museo Ramón» que trajeron a Madrid para perpetuarle, pero no pude hacerlo por causas ajenas a mi voluntad.



II. Indalecio Prieto después de su centenario

A. J. García Pérez-Bances, R. Saavedra Herrero y a A. Massip, prietistas

La primera vez que vi de modo directo a Indalecio Prieto fue con motivo de una reunión de las que enfáticamente llamaban clandestinas, en el Ateneo de Madrid, a donde le llevó en su coche don Amós Salvador, allá por los años que precedieran a la instauración de la última República. Era presidente del centro Manuel Azaña; secretario general Honorato de Castro. Aquel día estaba yo encargado de avisar a los reunidos de si llegaba la policía cuando el conserje, Torres, me hiciera las señas